

EL PADRE Y MARÍA EN EL MAGISTERIO DE PABLO VI

JUAN LUIS BASTERO

1. INTRODUCCIÓN TEOLÓGICA

Desde un punto antropológico, es obvio, que la actuación de un padre y una madre, mediante una acción amorosa y unitiva, es necesaria para la génesis de cualquier ser humano. El resultado generativo de esa acción constituye al hombre en padre y a la mujer en madre. De tal manera que la paternidad y la maternidad tienen como elemento de relación la filiación, siendo uno y el mismo hijo para ambos.

La comunión esponsal crea en los cónyuges unos vínculos tan fuertes y particulares que al decir del Génesis: «por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne»¹. Doctrina que ha sido asumida por Cristo en su predicación sobre la indisolubilidad del matrimonio² y reiterada por S. Pablo³.

Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, ha sido «engendrado del Padre antes de los siglos en cuanto a la divinidad, y el mismo, en los últimos días, por nosotros y por nuestra salvación, engendrado de María Virgen, madre de Dios, en cuanto a la humanidad»⁴.

Se advierte, en este caso, que aunque el sujeto de la relación es el mismo —Cristo—, la paternidad del Padre eterno y la maternidad de María hacen referencia a dos naturalezas totalmente diversas, que se unen en una misma persona. Ahora bien, podríamos preguntarnos si a la persona del Padre le compete algo propio y exclusivo —es decir, en cuanto Padre, y por ello en cuanto distinto de las otras dos personas de la Trinidad— en relación a María.

1. *Gen* 2, 24.

2. Cf. *Mt* 19, 5.

3. Cf. *Ef* 5, 32.

4. CONCILIO DE CALCEDONIA, *Símbolo de fe*, D. 148.

Si estudiamos los textos trinitarios paulinos —casi cuarenta⁵— en los que se citan a las tres Personas divinas en su acción salvífica, en los que junto a la perfecta unidad de esencia divina, se pone de manifiesto las características personales con que se distinguen las relaciones subsistentes de origen, podemos sacar las siguientes conclusiones:

- a) De las Personas divinas en sus operaciones *ad intra* (es decir, en orden a la vida intratrinitaria) sólo el Padre genera al Hijo y el Padre a través del Hijo espira al Espíritu Santo.
- b) Por el contrario, en sus actuaciones *ad extra* (en orden a las criaturas) operan juntas, con una acción común de su naturaleza divina; pero en esta acción común las tres Personas divinas conservan sus distinciones personales. Esta tesis puede formularse diciendo que, desde el plano de la causalidad eficiente, cualquier acción divina *ad extra* es siempre común, porque el Padre no actúa nunca sin el Hijo y sin el Espíritu Santo y a la vez es trinitaria, porque en la acción se respeta la distinción de cada Persona: cada una de las Personas actúa en comunión con las otras en orden al mismo efecto, pero de modo personal⁶.
- c) Por ello el Padre es siempre principio y fin de toda acción *ad extra*; o bien, de otra forma se puede decir que, el Padre en las acciones *ad extra* es siempre Padre, es decir, Dios que genera al Hijo y con el Hijo espira al Espíritu Santo. Por eso su acción *ad extra* nunca es sola, sino que es siempre comunicada al Hijo y ambos comunican la acción —junto a toda la vida divina— al Espíritu Santo.

Si aplicamos estas sintéticas conclusiones a la relación de la Trinidad con María podemos afirmar que:

- a) Desde el punto de vista del sujeto de la Encarnación —es decir, desde la persona que se encarna— sólo el Hijo ha asumido en su Persona divina a la naturaleza humana. Ha sido el Verbo quien, en la plenitud de los tiempos⁷, fue enviado por el Padre, para unirse hipostáticamente a una naturaleza humana engendrada en el seno de María, por obra del Espíritu Santo.
- b) Igualmente el texto evangélico lucano da pie para afirmar la misión del Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo⁸. El Paráclito es enviado a María como Amor Personal del Padre y del Hijo

5. A título de ejemplo presentamos algunos textos paulinos: Cf. *I Cor* 6, 11. 12, 3; *Rom* 5, 1 ss. 8, 14 ss. 15, 15. 30; *Gal* 4, 4-6; *Tit* 3, 4 ss; *Ef* 2, 18. 3, 14 ss. 5, 18 ss. etc.

6. Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 258-259.

7. Cf. *Gal* 4, 4.

8. Cf. *Lc* 1, 35.

y, sin suplir la función del varón en la generación de Jesús⁹, fecundó el seno de la Virgen, actuando como poder creador en la plasis de la naturaleza humana asumida por el Verbo¹⁰. El Espíritu Santo, «que en el misterio trinitario es la unidad del Padre y del Hijo, obrando en la generación virginal de Jesús, une la humanidad a Dios»¹¹.

- c) Como toda misión de una Persona divina supone que es enviada por otra Persona de la que procede, es obvio que el Padre no puede ser enviado, pues es el Ingénito y no procede de ninguna de las otras dos Personas. Su función específica en la Encarnación se concreta en el envío del Hijo y del Espíritu Santo a María.
- d) Finalmente en el Magisterio y en la opinión común de los teólogos se atribuye al Padre, por apropiación, el designio eterno por el que Dios decidió en la plenitud de los tiempos¹² la Encarnación de su Hijo Unigénito. En ese designio eterno estaba incluida la *mujer*, pues «en el misterio de Cristo —escribe Juan Pablo II—, María está *presente* ya “antes de la creación del mundo” como aquella que el Padre “ha elegido” como *Madre* de su Hijo en la Encarnación, y junto con el Padre la ha elegido el Hijo, confiándola eternamente al Espíritu de santidad»¹³.

Después de esta corta introducción teológica se puede deducir, por lo ya dicho en las líneas precedentes, que, salvo por mera apropiación, sea difícil afirmar que al Padre le competa algo propio y exclusivo, —es decir, en cuanto Padre y en este sentido en cuanto distinto a las otras Personas— en relación a la Virgen María.

2. RELACIÓN DEL PADRE Y MARÍA EN LA EXHORTACIÓN *MARIALIS CULTUS*

La reforma litúrgica auspiciada por la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, matizada y formalizada por la doctrina mariana contenida en el capítulo VIII de la Constitución *Lumen gentium*, ha puesto los fundamentos para una amplia remodelación y profundización en el

9. Cf. BASTERO, J.L., *María y el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento*, en *El Espíritu Santo y la Iglesia, Actas del XIX Simposio Internacional de Teología*, Pamplona 1999, pp. 343-361.

10. «En el plan divino de la salvación, la concepción virginal es, por tanto, anuncio de la nueva creación: por obra del Espíritu Santo, en María es engendrado aquel que será el hombre nuevo», JUAN PABLO II, *Audiencia general* 31.VII.1996, n. 3, en JUAN PABLO II, *La Virgen María*, Madrid 1998, p. 121.

11. *Ibidem*.

12. Cf. *Gal* 4, 4.

13. JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, n. 8.

culto y en la devoción mariana realizada en los años siguientes al Concilio por obra de Pablo VI, y en especial mediante la exhortación *Marialis cultus*¹⁴. Este documento puede considerarse programático y ejemplar en la aplicación del espíritu del Vaticano II respecto al culto que la Iglesia debe rendir a la Madre de Dios, pues en la «celebración de la persona de María se revela como un reflejo del culto que se le rinde al Salvador, con el que su madre está estrechamente asociada»¹⁵.

En la segunda parte de la exhortación *Marialis cultus* el papa Pablo VI desea mostrar los principios básicos y necesarios para conformar la veneración a la Madre de Dios al espíritu conciliar, teniendo en cuenta, por otra parte, las circunstancias actuales, según el lugar, el tiempo y las distintas sensibilidades de los pueblos y sus diferentes tradiciones culturales.

La primera nota característica de toda verdadera devoción mariana, según indica esta Exhortación, es su dimensión *trinitaria*, ya que, ante todo, María está en una estrechísima relación con Dios trino —con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo— y sin esa relación no tiene ninguna razón de ser. Más aún, esa relación origina en María «una función superlativa en la economía de la salvación»¹⁶, aunque no es absoluta por sí misma. De aquí que los ejercicios de piedad marianos deben expresar «claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial. En efecto, el culto cristiano es por su naturaleza culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo»¹⁷.

La Virgen es paradigma eclesial de comunión con su Hijo y por Él de culto al Padre. Y esa comunión conlleva el que «la ejemplaridad de la santísima Virgen en este campo dimana del hecho que Ella es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo, esto es, de aquella disposición interior con que la Iglesia, Esposa amadísima, estrechamente asociada a su Señor, lo invoca y por su medio rinde culto al Padre Eterno»¹⁸.

En perfecta sintonía con el magisterio pontificio precedente ya asumido por el Concilio Vaticano II, se reafirma, en este documento, la singular elección eterna de María como Madre del Verbo y, en orden a Él, «Dios Padre la eligió desde toda la eternidad como Madre toda santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ningún otro»¹⁹.

14. PABLO VI, Ex. *Marialis cultus*, AAS 66 (1974) 113-168. A partir de esta cita, las siguientes que no tengan autor se refieren al magisterio de Pablo VI.

15. GAMBERO, L., *Culto*, en FIORES, S.-MEO, S. (dir.), *Nuevo Diccionario de Mariología* (N.D.M.), Madrid 1988, p. 549.

16. *Discurso 8.II.1964*, «L'Osservatore Romano» (9.II.1964) 1, col 4.

17. Ex. *Marialis cultus*, n. 25.

18. *Ibidem*, n. 16.

19. *Ibidem*, n. 25.

Más aún, María está incluida en el único designio eterno en el que el Padre decide enviar a su Hijo como Salvador de los hombres. Por tanto, las expresiones de culto a la Virgen deben conceder un particular relieve al aspecto cristológico, de modo que éstas reflejen el plan del Padre, «el cual estableció con un único y mismo decreto el origen de María y la encarnación de la divina Sabiduría»²⁰.

La gracia y los dones otorgados por Dios Padre a María para ser digna Madre de su Hijo tuvieron en Ella una aceptación positiva y por su libre adhesión a la voluntad divina su santidad, ya plena en el momento de la Concepción Inmaculada, fue creciendo «a medida que se adhería a la voluntad del Padre y recorría la vía del sufrimiento progresando constantemente en la fe, en la esperanza y en la caridad»²¹.

María, que ponderaba todo en su corazón²², acoge con fe la palabra del Padre, «fe que para Ella fue premisa y camino hacia la maternidad divina»²³ y, admitida en conversación con Dios Padre, «da su consentimiento activo y responsable no a la solución de un problema contingente, sino a la obra de los siglos, como se ha llamado justamente a la Encarnación del Verbo»²⁴.

La Virgen es también modelo de diálogo contemplativo con el Padre. «Así aparece Ella en la visita a la madre del Precursor, donde abre su espíritu de expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza»²⁵. De la misma forma, la Iglesia, a imitación de María, «cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo»²⁶.

Por otra parte, María por su obediencia al Padre es erigida en Virgen Madre, al engendrar por su fe «en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo»²⁷; por esta prodigiosa maternidad la Virgen es «constituída por Dios como tipo y ejemplar de la fecundidad de Virgen-Iglesia, la cual se convierte ella misma en Madre porque (...) engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios»²⁸.

La Virgen Santísima es a la vez la Madre que ofrece a Dios Padre a su Hijo amadísimo, como víctima divina, ya desde el momento de la

20. *Ibidem*, n. 25. Cf. Pío IX, Bula *Innefabilis Deus*, en *Pii IX Pontificis Maximi Acta* I,1, Roma 1854, p. 599.

21. *Ibidem*, n. 56.

22. Cf. *Lc* 2,19.51.

23. Ex. *Marialis cultus*, n. 17.

24. *Ibidem*, n. 37.

25. *Ibidem*, n. 18.

26. *Ibidem*, n. 18.

27. *Ibidem*, n. 19.

28. *Ibidem*, n. 19.

presentación en el Templo, pues en las palabras proféticas de Simeón se «unían en un solo vaticinio al Hijo, signo de contradicción y a la Madre, a quien una espada de dolor habría de traspasar el alma»²⁹. Profecía que se cumplió en el Calvario, en donde María «adhiriéndose amorosamente a la inmolación de la Víctima por ella engendrada, lo ofreció Ella misma al eterno Padre»³⁰.

María, paradigma y Madre de la Iglesia es venerada como «Madre del Hijo de Dios y por lo mismo hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo; por tal don de gracia especial aventaja con mucho a todas las demás criaturas, celestiales y terrestres»³¹. Ella es estímulo, ejemplo y modelo de la vida filial al Padre para todos los cristianos. La coherencia de su vida muestra el itinerario de una vida orientada al cumplimiento de la voluntad del Padre —de quien es la Sierva y la hija predilecta—, por Cristo en el Espíritu. «Por esto Pablo VI establece un maravilloso paralelismo entre la invitación de María en Caná (*Haced todo lo que él os diga*: Jn 2, 5) y la voz del Padre en la teofanía del monte Tabor (*Escuchadlo*: Mt 17, 5), para indicar cómo la verdadera devoción a la Virgen es un itinerario hacia el Padre a través de Cristo en el Espíritu Santo»³².

3. MARÍA Y EL PADRE EN EL RESTO DEL MAGISTERIO DE PABLO VI

Es obvio que la maternidad divina de María debe estar integrada en una perspectiva trinitaria que comienza con el Padre, porque es Él quien, en relación activa de generación con el Hijo, comunica a María el privilegio de la maternidad. Es decir, utilizando una expresión de J.M. Alonso, «según el inmutable orden trinitario, es primero y ante todo por su participación en la paternidad de la primera persona como María llega a ser madre del Hijo. Diremos que el Hijo acepta pasivamente esta filiación temporal, del mismo modo que desde toda la eternidad acepta la procesión pasiva que le viene del Padre y le constituye Hijo»³³.

Pablo VI ofrece una perspectiva de este tipo cuando afirma que «cada uno de nosotros, en el orden de la creación y de la gracia, se encuentra en una determinada relación con la divinidad; estas relaciones adquieren en María un grado de plenitud, que no somos capaces de describir; las palabras que lo enuncian soportan un peso que lo sumergen en el misterio;

29. *Ibidem*, n. 20.

30. *Ibidem*, n. 20.

31. *Ibidem* n. 56; cf. CONCILIO VATICANO II, Const. *Lumen gentium*, n. 53.

32. AMATO, A., *Dios Padre*, en N.D.M. p. 612; cf. Ex. *Marialis cultus*, n. 57.

33. ALONSO, J. M., *Trinidad*, en N.D.M. p. 1900.

conocemos estas palabras; pero volvamos a escucharlas pronunciadas por el Concilio: “María está condecorada del sumo oficio y de la dignidad de madre del Hijo de Dios (hecho hombre) y por eso Hija predilecta del Padre y templo del Espíritu Santo; por este don de gracia eximia precede completamente a todas las criaturas celestes y terrestres” (*Lumen gentium*, n. 53). No se puede contemplar a la Señora sin ver y adorar al cuadro divino trinitario, en el que Ella está colocada: la trascendencia divina relampaguea ante nuestros ojos, que gozan en cualquier modo de poderla contemplar a esta hija de nuestra stirpe de Adán»³⁴. O en frase sintética, María es «la criatura más trasparente de la divina presencia trinitaria»³⁵, «retrato de Dios»³⁶ y «prodigioso reflejo de la belleza divina»³⁷.

La Virgen, por su plenitud de gracia, es la criatura que de forma excelente y única ha participado en la vida trinitaria acogiendo en su corazón maternal «la plenitud del amor de Cristo, su Hijo, de Dios Padre, Verbo y Espíritu Santo»³⁸. María, predilecta del Padre fue elegida por Él desde toda la eternidad para una singular misión: «Dios mismo ha querido atravesar el insondable abismo (entre el Creador y las criaturas) para hacerse hombre y, en la humanidad, Ella sola, la elegida por su Espíritu, y hacer de Ella sola su puerta de ingreso en nuestro mundo y en nuestra historia»³⁹.

María dice siempre relación a Cristo y, por eso, si Dios Padre le ha enriquecido con tal plenitud de gracia y de dones, la finalidad ha sido bien precisa: en honor al Hijo y en relación a Cristo Redentor. En efecto, la Virgen es «la única criatura humana que por designio divino (¡cuánta sabiduría, cuánto amor contiene ello!), en virtud de los méritos de Cristo, única fuente de nuestra salvación, fue preservada de toda imperfección, de todo contagio de la culpa original, de toda deformación del modelo primigenio de la humanidad»⁴⁰. Ella es la «criatura predilecta, la Hija de Dios Padre omnipotente, elevada al vértice de su diseño de misericordia para la humanidad entera»⁴¹.

El paralelismo antitético Eva-María, de profunda raigambre patristica, también ha sido desarrollado en la catequesis mariana de Pablo VI con una clara vinculación con el Padre. La experiencia filial de Dios Padre en María proyecta en Ella la perfección de la humanidad prelap-

34. *Discurso 29.V.1968*, en «Insegnamenti di Paolo VI» VI (1968) 800.

35. *Discurso 12.IX.1963*, «L'Osservatore Romano» (13.IX.1963) 1, col. 1.

36. *Homilia 15.VIII.1963*, «L'Osservatore Romano» (17-18.VIII.1963) 1, col. 2.

37. *Discurso 7.XII.1963*, «L'Osservatore Romano» (9-10.XII.1963) 1, col 3.

38. *Homilia 1.I.1976*, AAS 68 (1976) 181.

39. *Discurso 11.X.1963*, AAS 55 (1963) 873.

40. *Homilia 8.XII.1966*, AAS 59 (1967) p. 39.

41. *Plegaria ante la estatua de la Inmaculada*, «L'Osservatore Romano» (9-10.XII.1975) 5, col. 1.

saria. En una fiesta de la Inmaculada el Romano Pontífice resume así esta doctrina: «Esta celebración de María nos autoriza, más aún, nos obliga a honrar —siempre por los méritos de Cristo— a una criatura humana en su perfección primigenia, nativa y total, tal cual Dios la pensó y la amó antes de que la fractura del pecado original descabalase el diseño ideal, la imagen de Dios reflejada maravillosamente en la naturaleza humana»⁴². La misma doctrina queda expresada de forma antitética, cuando en una homilía de la Asunción dice: «Si el pecado es la causa de la muerte, de la cual, en la idea divina primigenia, el hombre debía estar ausente, he aquí a la inocencia, restablecida por la bendita entre todas las mujeres, establecer un primer título para la inmortalidad también física de la Virgen»⁴³.

El Papa desarrolla el paralelismo de María y Eva en diversos momentos y con distintos matices enriquecedores. «Aquello que en Eva debía aparecer y desvanecerse miserablemente, por un designio de infinita misericordia (podríamos casi decir por un propósito de revancha, como la del artista que, viendo infringida su obra, quiere rehacerla, y rehacerla incluso más bella y más de acuerdo con su idea creadora) Dios lo hizo revivir en María: *ut dignum Filii tui habitaculum effici meretur, Spiritu Sancto cooperante, praeparasti*, como dice la oración»⁴⁴, porque «no deberíamos terminar jamás de maravillarnos, si hemos entendido algo de los destinos particulares que desde el cielo han llovido sobre esta criatura humana. María ha sido verdaderamente elegida por el Padre. Dios ha rehecho en Ella la imagen que se ha deteriorado con Eva en toda la humanidad, que está todavía dañada e imperfecta. (...) en tanto que María es la única que fue exenta de esto, y que, por eso, verifica en sí misma una belleza humana, tal como Dios la ha concebido y querido»⁴⁵. Por ello, al contemplar a la Virgen de Nazaret aureolada de sus prerrogativas y virtudes «la veremos brillar ante nuestra mirada como la Nueva Eva, la excelsa Hija de Sión, el vértice del Antiguo Testamento y la aurora del Nuevo, en la que se ha realizado la plenitud de los tiempos, preordenada por Dios Padre para el envío de su Hijo Unigénito al mundo»⁴⁶.

La Virgen, por una parte, es consciente de que «todos sus privilegios, que toda su grandeza provienen de Dios y, reconociéndose la humilde Sierva del Señor, refiere a Él todo honor y gloria»⁴⁷, y, a la vez, vivió su relación filial con el Padre de una forma activa, correspondiendo

42. *Discurso del Angelus del 8.XII.1973*, en «Insegnamenti di Paolo VI» XI, p. 1174.

43. *Homilía 15.VIII.1975*, en «Insegnamenti di Paolo VI» XIII (1975) p. 850.

44. *Discurso 8.IX.1964*, «L'Osservatore Romano» (9.IX.1964) 1, col. 1.

45. *Homilía 15.VIII.1976*, en «Insegnamenti di Paolo VI» XIV (1976) 644.

46. *Ex. Signum Magnum*, AAS 59 (1967) 465-475, n. 21.

47. *Homilía 15.VIII.1967*, en «Insegnamenti di Paolo VI» V (1967) p. 998.

positivamente con toda su vida al designio divino. «Ella, en efecto, entre las humanas criaturas ofrece el ejemplo más claro y más cercano a nosotros de aquella perfecta obediencia por la que nos conformamos amorosa y prontamente a los deseos del Eterno Padre; y Cristo mismo, como bien sabemos, puso en esta plena adhesión al beneplácito del Padre el ideal supremo de su conducta humana, cuando declaró: Yo hago siempre todo lo que a Él le place»⁴⁸.

María experimentó la presencia del Padre durante toda su vida de una forma operativa. Vivió la experiencia filial con tal intensidad y radicalidad que, «al haber cumplido siempre la voluntad de Dios, fue la primera en merecer el elogio dirigido por Jesús a sus discípulos: El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre»⁴⁹.

Si se deseara contemplar la perfección de la Virgen, fruto, en primer lugar, de las prerrogativas superlativas otorgadas por Dios Padre desde su Concepción Inmaculada y, en segundo lugar, de la entrega total e incondicionada de la Sierva del Señor, bastaría con decir que «la distancia entre nosotros y la Señora (...) es la distancia que discurre entre la tierra y el cielo; entre nosotros, humildes mortales y la Toda Santa, la Privilegiada, a quien no exaltaremos suficientemente las riquezas, las virtudes, las grandezas, los misterios, porque en Ella se despliega el diseño del Altísimo para la salvación del mundo»⁵⁰.

4. A MODO DE CONCLUSIÓN

Cuando se accede al amplio magisterio mariano de Pablo VI⁵¹, se advierte, no sin sorpresa, que las referencias a Dios Padre son más bien escasas y con frecuencia tienen un carácter meramente accidental; todo lo contrario sucede con las Personas del Hijo y del Espíritu Santo, de las cuales trata por extenso y con gran profundidad⁵².

Pablo VI en su abundante magisterio pontificio se planteó la misión de ser garante y desarrollar la doctrina incoada y propuesta en el Conci-

48. Ex. *Signum Magnum*, n. 20.

49. *Ibidem*, n. 19.

50. *Homilia 15.VIII.1967*, en «Insegnamenti di Paolo VI» V (1967) p. 997.

51. Debe hacerse aquí una mención especial al prof. Bertetto que durante todos los años del pontificado de Pablo VI ha publicado un volumen con su magisterio mariano anual y después del óbito de Pablo VI ha publicado una valiosa obra, *La Madonna nella parola di Paolo VI*, Roma 1980, donde recoge todos los textos marianos de su pontificado.

52. Por ejemplo, para el Espíritu Santo nos remitimos al trabajo de BERTETTO, D., *L'azione dello Spirito Santo in Maria secondo l'Esortazione Marialis cultus di Paolo VI*, Mar (1980). n. 1, y a FERNÁNDEZ, D.-RIVERA, A., *Boletín bibliográfico sobre el Espíritu Santo y María*, en EphMar 28 (1978) 265-273.

lio Vaticano II, siguiendo las vías doctrinales iniciada en los diversos documentos conciliares. Ahora bien, es llamativo que en el capítulo mariano de la Constitución *Lumen gentium*⁵³ se utilice solamente seis veces la palabra «padre» referida a Dios Padre y de ellas sólo en dos se relaciona a María con el Padre⁵⁴. Quizá sea por eso, el que la relación entre el Padre y María esté también poco desarrollada en sus diversos discursos, homilías, alocuciones y otros diversos documentos magisteriales.

No obstante, a pesar de las pocas citas que se han encontrado en los textos marianos de Pablo VI vinculando al Padre eterno y a la Virgen, existen algunas relaciones que podemos resumir en los siguientes puntos:

- a) Dios Padre estableció en un único y mismo decreto eterno la encarnación de su Hijo y a María como su Madre en la tierra.
- b) El Padre otorgó a la Virgen ser la Toda Santa y la adornó con dones del Espíritu Santo que no fueron concedidos a ninguna otra criatura.
- c) Si Dios Padre ha enriquecido a María con esta plenitud de perfección, la finalidad es bien precisa: en virtud de Cristo, en relación a Cristo Redentor.
- d) En la Doncella de Nazaret el Padre eterno hizo revivir la perfección primigenia que la humanidad había perdido a causa de la falta original.
- e) María vivió su filiación de forma operativa, colaborando activamente con una total entrega y sumisión a la voluntad del Padre como la Esclava del Señor.
- f) La Virgen es modelo de vida de fe, de diálogo contemplativo, y de obediencia a la voluntad del Padre. «Es aquella que por su fe y obediencia engendró al mismo Hijo del Padre»⁵⁵.
- g) Finalmente María es modelo de Virgen oferente, porque consintió en la inmolación del Hijo «ofreciéndolo ella misma al Padre eterno»⁵⁶.

Podríamos resumir la relación de María con el Padre diciendo que la Virgen confió todo su ser y toda su vida a la omnipotencia del Padre y por eso llegó a ser «Madre del Hijo de Dios y por lo mismo hija predilecta del Padre, y templo del Espíritu Santo»⁵⁷.

53. CONCILIO VATICANO, Const. *Lumen gentium*, cap. VIII, nn. 52-67.

54. *Ibidem*, n. 53: «hija predilecta del Padre»; n. 56: «El Padre de las misericordias quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de parte de la Madre predestinada, para que así como la mujer contribuyó a la muerte, así también contribuirá a la vida».

55. Ex. *Marialis cultus*, n. 19.

56. *Ibidem*, n. 20.

57. *Ibidem*, n. 56.